



**Santa María**  
madre de Dios

## DE BELÉN A EMAÚS

### *¿Pasando por Tres Cantos?*

Bienvenidos a nuestra parroquia Santa María Madre de Dios. Gracias por visitarnos y darle sentido a nuestro belén que lo tiene en ser un instrumento para ayudar en tu oración y en la de tu familia en estos días de Navidad.

Me llamo Cleofás y te saludo desde detrás de la puerta que ha llamado tu atención por lo original que es en un belén. Soy uno de los tres personajes que vienen caminando hacia ti. Tendrás que decidir si soy el de la derecha o el de la izquierda. Desde luego, no el del centro, el vestido de blanco, pues este es un caminante que hemos encontrado en nuestra marcha y solo comprendiendo el belén es posible conocer su identidad. Mi compañero de camino no tiene nombre, así lo quiso Lucas, el evangelista que contó nuestra experiencia y nos dio a conocer. Es posible que lo hiciera de manera consciente para que cuando os acercarais al pasaje pudierais sentirlo como dirigido a vosotros e identificaros con el caminante anónimo.

Nuestra historia comenzó hace mucho tiempo. Si quieres saber nuestros orígenes, puedes hacerlo mientras contemplas el belén dando una vuelta a su alrededor. Te llamará la atención la cantidad de personajes, de escenas cotidianas de aquellos tiempos, de oficios y tareas que había que llevar a cabo... Nosotros podríamos ser cualquiera de aquellos. Vivíamos ocupados en nuestras tareas, en nuestras familias... eran tiempos difíciles para cualquiera. Con la llegada de los romanos hubo que asumir un doble sistema de impuestos, hubo varias sequías... había que trabajar muchas horas y con mucha intensidad... solo para sobrevivir...

Había mucha incertidumbre, muchos miedos, mucha preocupación por el futuro... y, sobre todo, mucha desesperanza... Esperábamos un enviado de Yahvé, el que había sido anunciado por los profetas... pero pasaba el tiempo... y nada cambiaba. Se supone que nuestros dirigentes eran quienes se iban a preocupar por nosotros... pero ahí tenéis a Herodes, el rey de aquellos tiempos... en su castillo, al fondo del belén. Bien protegido por los soldados... Ellos no tienen que salir a la huerta, al río a pescar, a varear los olivos de madrugada y hasta el atardecer, viven de nuestro esfuerzo, de nuestros impuestos...

Y tampoco podíamos esperar mucho de los fariseos, los maestros de la religión judía. Los había muy entregados por el pueblo, desde luego. Pero la mayoría de las veces sus palabras sonaban huecas, sin compromiso, sin que tocaran nuestro corazón.



Quizá por eso nos impactó tanto conocer a Jesús. Nos hablaba con ejemplos que sí entendíamos... de una barca que tiene que echar las redes, de un sembrador que echaba su semilla, de una casa construida sobre la roca... Tenía un arte especial para despertar una sonrisa, para iluminar los ojos... Recuerdo aún mi primer encuentro con él... fueron solo unos minutos con tanta gente como había... pero en esos pocos momentos sentí que se interesaba por mí, me preguntó por mi familia, por personas que teníamos en común...

Había oído hablar mucho de él y me costó dar el paso para ir a escucharle al monte donde se decía que iba a hablar de un reino de Dios... había escuchado ya tantos anuncios, tantas promesas incumplidas... Pero aquellas palabras, sus gestos, su entusiasmo... era tan intenso, tan verdadero, tan creíble... Aquello fue el comienzo de un cambio para siempre en mi vida...

Después de aquél primer día, al regresar a casa, no se hablaba de otra cosa en el pueblo, en las tiendas, en los caminos... ¿Quién es este Jesús? ¿De dónde ha salido? ¿Quién le ha enseñado todo lo que proclama?

La verdad es que había mucha confusión. Y muchos que hablaban sin saber o que contaban versiones contradictorias... pero sí había cosas que coincidían... y que luego pudimos comprender con más detalle cuando le preguntamos a Jesús por su infancia... Y, sobre todo, cuando tuvimos la suerte de conocer a María...

Guardamos en el corazón las tardes en las que le pedíamos que volviera a contarnos su experiencia en Nazaret. Su vida bonita, alegre y en una familia llena de cariño con sus padres Joaquín y Ana a quien puedes ver, de manera novedosa en nuestro belén, sentados en su banco en la parte derecha del belén.

Aquella tarde en la que todo se llenó de luz en la calma cotidiana y la oración de un día cualquiera. Puedes acercarte a la escena mirando a tu izquierda y contemplando el ángel que se dirige a ella para que comprendiera a qué estaba llamada: a una locura, como suelen ser las cosas de Dios, a algo que superaba sus capacidades, a algo que le sumergía en el riesgo y el temor fundados a una lapidación. ¡Ser madre de Dios cuando aún no estaba casada!

Todavía con ojos emocionados nos relataba la angustia de aquél viaje que puedes recordar en las escenas representadas en la parte izquierda. La preocupación de aquella pareja que van puerta por puerta buscando un lugar donde sentirse alojados y el rechazo continuado... Unos porque estaban muy ocupados por sus cosas, otros porque tenían miedo a los que llegaban de fuera... pasa el tiempo y muchas cosas no cambian...



Perro su cara siempre quedaba iluminada por una sonrisa cuando llegaba a los detalles del nacimiento que podéis ver justo en el centro de nuestro belén. Con qué ilusión hizo hogar de lo poco que había encontrado José. Los villancicos cantan el calor de aquella mula y de aquel buey, pero ella sintió sobre todo el de José. Con qué emoción describía como acogió a aquel niño que era de Dios pero que le había confiado a su cuidado. Era estremecedor escuchar cómo lo cogía en sus brazos con un cariño que siempre le acompañó.

Nos quedábamos embobados escuchando la visita de aquellos Magos de Oriente que vinieron desde muuuuuy leeeeejos. Su encuentro con Herodes y cómo intentó engañarlos para que fueran ellos los que señalaran en lugar del nacimiento. Como si fuera tan fácil con personas tan cultas y tan estudiosas de las estrellas. Aquél viaje que realizaron, como Abraham, dejando su tierra, sus comodidades, había dejado en ellos una madurez y sabiduría que les hizo entender en seguida.

María siempre nos repetía la misma frase... «Si pudierais ver sus caras al ver que el viaje conducía a un portal tan pobre como este, a ver a un niño recién nacido». Ellos que habían dejado su corte, que habían conocido a tantas personas importantes... ¡Incluso a Herodes...! María nos contaba primero su susto, al pensar que eran tropas romanas las que les buscaban... luego su sensación de que estaba tan fatigada por el parto que ya no sabía si aquello era realidad o ilusiones de su mente... Le impresionó cómo se miraban entre ellos con dudas, su conversación en aquella lengua extraña a unos metros del portal, mientras consultaban antiguos papiros y discutían entre ellos... Como miraba, José, mientras él, con el niño en brazos, le calmaba para que siguiera descansando y le decía «No traen espadas, y en su rostro hay serenidad y sabiduría de Dios».

Nos contaba como volvieron a acercarse con delicadeza y prudencia. Cómo llamaron a José y le hablaron de sueños en los que Dios se hacía presente... Entonces a José se le iluminó el rostro... «¿Ves María? No estoy loco... son sueños como los míos». Solo con el tiempo María comprendió la bondad del corazón de su esposo, sobre todo su fe, y cómo aquellos sueños explicaban un comportamiento tan bondadoso, tan justo, en medio de aquellas circunstancias tan difíciles para él. Puedes hacerte una idea viéndolo en la parte izquierda del belén, tumbado y levantado la cabeza, sobresaltado, intentando entender lo que sucedía, a espaldas de mi casa y el anuncio del ángel.

Nosotros llegamos a conocer los cofres de oro, incienso y mirra que ofrecieron como presentes. María los conservaba en casa, mejor dicho, como ella lo hacía, en el corazón. Y



vimos a Jesús haciendo oración con ellos. Incluso como se derramaban sus lágrimas... Decía que le servían para entender, para entenderse, para comprender a Dios... que con mucho esfuerzo había aceptado que estaba llamado para ser la riqueza del pueblo con sus palabras y sus gestos: el mejor de los oros; que su vida estaba llamada a la mística y la oración, que aquella mirra explicaba tantas noches en oración mientras nosotros ya no podíamos con nuestra alma; que siempre había aceptado sin dificultad la amargura de la mirra expresada en no tener una casa propia, vivir de manera itinerante, siempre con una cierta amenaza, sin saber qué sería del futuro, con tanta gente que no entendía su mensaje y que le pedía ser lo que no quería ser... Nosotros mismos le regañábamos... ¿cómo el Hijo de David se va a identificar con la amargura? ¡Tú estás hecho para ser el rey de Israel! ¡Para traernos la riqueza del oro y dar gracias a Dios con el incienso...! ¡La mirra tuvo que ser un error!... Y tampoco nosotros comprendimos...

Aquellos Magos de Oriente sí. Verdaderamente eran muy sabios. Nunca llegamos a conocerlos, salvo por el relato de María... Y por el mensaje con un poquito de mirra, de oro y de incienso que nunca faltó cada cumpleaños de Jesús, traído por uno de aquellos pajes... Dice María que, en el Monte de las Bienaventuranzas... incluso en aquella Pascua en Jerusalén, creyó reconocer a uno de ellos... pero había pasado tanto tiempo... Aquella noche estaba tan fatigada... que quizá solo fueran sus ilusiones... salvo por aquella sonrisa y aquel saludo tan, tan cariñoso...

Era José el que más hablaba de los visitantes que llegaron después de los Magos: ¡menuda combinación!... Unos jóvenes que olían a las ovejas que habían dejado durmiendo junto a sus compañeros más mayores... Al principio debieron darles miedo, decía José, quien daba gracias a Dios porque al menos los pajes de los Magos podrían defenderlos... Pero venían con lágrimas en los ojos... Como si entendieran las preocupaciones de José y María, se presentaron con tanta delicadeza... explicando como eran artesanos como ellos. Como con la llegada de los romanos no pudieron seguir pagando los impuestos, como fueron vendiendo los objetos de casa para poder seguir manteniendo su familia, como tuvieron, finalmente que vender su tienda y trabajar bajo las órdenes de un nuevo propietario... ¡que ni sabía manejar las herramientas...! Luego vino la enfermedad de los hijos por la falta de comida... Uno de ellos contó cómo, desesperado, se enfrentó a los soldados... pero solo sirvió para recibir una enorme paliza y terminar escapando de la muerte... Días después nos



contó que se dedicaba a las ovejas donde nadie iba a buscarle y que, solo por las noches, regresaba a casa para dar un beso a su mujer y sus hijos...

Los primeros momentos fueron de desconcierto... venían temerosos de haber vivido un engaño, de que se tratara de una emboscada... pero todos habían sentido la misma presencia de Dios, la aparición de un coro de ángeles que entonaban las canciones que sus madres les habían enseñado para alabar a Dios, para darle gracias por la vida, por el descanso, por la comida de cada jornada... todos habían visto como su corazón ardía en alegría y el entusiasmo de cuando eran como niños... ¿Cómo no creer en el mensaje de que el mesías, el que traía la salvación y la libertad que anunció Isaías, Jeremías, Elías... pudiera ser verdad? ¿Qué costaba buscar la estrella que estaba siendo seguida por aquella extraña caravana?

Incluso, en un primer momento, pensaron que uno de aquellos Magos fuera el que esperaban, quizá escoltado por sus príncipes y generales... los habían ido siguiendo a pequeña distancia, sin que fueran descubiertos...

José reconoció en sus palabras las dificultades de sus primos, de sus amigos, las suyas propias... aquellos pastores eran hermanos... con mucho cuidado, les mostró al niño que portaba entre sus brazos... uno de los pastores se quitó la pelliza de piel de oveja para cubrirlo del frío... mientras expresaba con inquietud su deseo de conocer al Mesías... A José le bastó un pequeño gesto para señalar al niño... y contempló como los pastores tuvieron que ir saliendo de su extrañeza, luego de su asombro y, finalmente... alcanzar la sonrisa... No era lo que esperaban. Habría que esperar aún más tiempo... No era nadie poderoso, pero... ¡era uno de los suyos! Era necesario meditar en su significado, pero, en cierto modo, no dejaba de tener sentido... Siguieron dialogando sobre todo esto de regreso al rebaño...

Escuchábamos embobados aquellos recuerdos que a nosotros nos parecían el comienzo precioso de una historia que conducía al éxito. Por eso habíamos dejado todo: nuestra casa, nuestros amigos, nuestra familia, nuestros negocios... sería, al fin y al cabo, solo durante un corto periodo de tiempo hasta que llegara su reinado y pudiéramos ver compensadas tantas renunciadas...

María nos miraba con mezcla de sonrisa y de preocupación y nos decía que no entendíamos... y es verdad que no entendimos...

Ya conoces el final. Es más de semana santa que de navidades y puede parecer una paradoja, como lo es para muchos el campo de olivos que este año os llama la atención y que fue su lugar de oración más íntimo con el Padre «¡Aparta de mí este cáliz! ¡Pero que no se



cumpla mi voluntad sino la tuya!» Pero todo... aparentemente, al menos, terminó mal. A nuestro amigo Jesús lo mataron. No entendieron su reino, que era para los que eran como niños, para los que estaban dispuestos a vivir desde la justicia, a transformar lo que hiciera falta... nos lo mataron...

Y, nosotros, seguimos sin entender, decepcionados, asustados... y tomamos el viaje de vuelta, o mejor, de huida. Nos alejamos de Jerusalén para no volver. Para olvidar. Para evitar las represalias. Para alejarnos de los recuerdos. Para digerir nuestra rabia, nuestra frustración y nuestra cobardía... pues tampoco nosotros supimos estar a la altura... Quisimos dejar a nuestras espaldas el campo de olivos que quería ser signo del aceite, de la riqueza... y que había acabado siendo el de nuestro fracaso, el de la tragedia...

Pero... en ese camino hacia Emaús, en el alejamiento de lo que habíamos vivido, nos encontramos con un caminante, el que nos acompaña está vestido de blanco... Mejor dicho, salió a nuestro encuentro. Y ¡conocía las mismas historias que nos había contado María! Nos las explicaba de manera nueva, mostrando que encontraban sentido en las del antiguo testamento, en lo que habían dicho los profetas... En sus palabras volvimos a sentir el entusiasmo de las que nos dirigió Jesús en la orilla del lago, en casa de Lázaro, de Marta y María... volvimos a sentir la ilusión de entonces...

Y le pedimos que se quedara con nosotros pues ya era casi de noche... ¡Qué menos que acoger al que por un momento nos había devuelto la alegría!... Y, en la cena... volvió a partir el pan, como lo hizo en aquella última cena. Y, entonces, comprendimos... que en aquella noche de belén se vivió el triunfo de la luz sobre la oscuridad, de la vida sobre la muerte, que Dios se despojó de poder para hacerse uno de nosotros, para caminar por los caminos... Comprendimos el silencio de José, su extrema confianza en María. Comprendimos el significado de la búsqueda de aquellos Magos. Que Dios quisiera hacerse presente entre aquellos pobres pastores y no en el lujo de un palacio...

Y del corazón nos salió una petición “¡Quédate con nosotros!”... Era el Resucitado... Y en esa alegría... desapareció.

Pero nos dejó una paz, una esperanza, un júbilo que transformó el corazón y que ahora nos lanza por todos los rincones que seamos capaces de alcanzar para proclamar la alegría que sentimos en nuestro interior. Y que es la que queremos compartir con vosotros y vuestra familia. El júbilo que toda la Iglesia quiere celebrar en este año 2025. Ojalá nos



**Santa María**  
madre de Dios

encontremos por los senderos de este año y podamos hacerlos juntos. Te dejamos una oración para que podáis hacerla en familia durante estos meses ¡Buen camino!

Padre que estás en el cielo,  
la fe que nos has donado en  
tu Hijo Jesucristo, nuestro hermano,  
y la llama de caridad  
infundida en nuestros corazones por el Espíritu Santo,  
despierten en nosotros la bienaventurada esperanza  
en la venida de tu Reino.

Tu gracia nos transforme  
en dedicados cultivadores de las semillas del Evangelio  
que fermenten la humanidad y el cosmos,  
en espera confiada  
de los cielos nuevos y de la tierra nueva,  
cuando vencidas las fuerzas del mal,  
se manifestará para siempre tu gloria.

La gracia del Jubileo  
reavive en nosotros, Peregrinos de Esperanza,  
el anhelo de los bienes celestiales  
y derrame en el mundo entero  
la alegría y la paz  
de nuestro Redentor.

A ti, Dios bendito eternamente,  
sea la alabanza y la gloria por los siglos.

Amén.